

# PÁGINAS LITERARIAS

## Los parias

Allá en el claro, cerca del monte  
bajo una higuera como un dosel,  
hubo una choza donde habitaba  
una familia que ya no es.  
El padre, muerto; la madre, muerta;  
los cuatro niños, muertos también:  
él, de fatiga; ella, de angustia;  
ellos, de frío, de hambre y de sed!

Ha mucho tiempo que fuí al bohío  
y me parece que ha sido ayer.  
¡Desventurados! Allí sufrían  
ansia sin tregua, tortura cruel.  
¡Y en vano, alzando los turbios ojos,  
te preguntaban, Señor ¿por qué?  
y recurrían á tu alta gracia,  
dispensadora de todo bien!

¡Oh Dios! las gentes sencillas rinden  
culto á tu nombre y á tu poder:  
á tí demandan favor los pobres;  
á tí los tristes piden merced;  
mas como el ruego resulta inútil,  
pienso que un día—pronto tal vez,—  
no habrá miserias que se arrodillen,  
no habrá dolores que tengan fé!

Rota la brida, tenaz la fusta,  
libre el espacio, ¿qué hará el corcel?  
La inopia vive sin un halago,  
sin un consuelo, sin un placer.  
Sobre los fangos y los abrojos  
en que revuelca su desnudez,  
cría querubas para el presidio  
y serafines para el burdel!

El proletario levanta el muro,  
practica el túnel, mueve el taller  
cultiva el campo, calienta el horno,  
paga el tributo, carga el broquel;  
y en la batalla sangrienta y grande,  
blandiendo el hierro por patria ó rey,  
enseña al prócer con noble orgullo  
cómo se cumple con el deber!

Mas ¡ay! ¿qué logra con su heroísmo?  
¿cuál es el premio, cuál su laurel?  
El desdichado recoge ortigas  
y apura el caliz hasta la hez.  
Leproso, mustio, deforme, airado,  
soporta apenas tan dura ley,  
y cuando pasa sin ver al cielo  
la tierra tiembla bajo sus piés?

SALVADOR DÍAZ MIRÓN

Altivo y vigoroso poeta mexicano.

## Un cuento de amor

Era día sábado. Unas tantas familias, mujeres y hombres, metían loca algazara junto al malecón del estero. Comentaban el viaje de un muchacho que se había huido de Chomes, y llegó á Puntarenas metido en un barril. El muchacho era cojo como Alonso de Ojeda, y en la última fiesta del puerto había jugado tres lanchas. Uno de los veraneantes dijo hasta un discurso refiriéndose al cráneo del muchacho que hacía pensar en sus tatara-deudos los viejos castellanos; acaso siguiendo su remota genealogía se hubiera encontrado su atavismo ascendiente en aquel soldado Mancio Sierra de Leguizamo, que en el Perú había jugado y perdido, en una sola noche, la colosal figura de oro, del sol.

Frente al malecón, todo aquel barullo de gentes se entretenía en jergas de provincia, hasta que alguien pidió para ilustrar el paseo, que Arturo Esteban—un pintor de escuela—les refiriera un cuento de amor, y éste, después de repasar mentalmente su gestación de artista, comenzó á hablar de sus diez y nueve años. Á esta edad, decía, mi vida donjuanesca no se extendía más allá del barrio; una de mis conquistas era la de Elena Aponte, á quien sin embargo no había podido recibir en mi cuarto de soltero, alquilado secretamente en una calle recién urbanizada. Se acercaba la fecha de mi cumpleaños, y Elena, en un momento de imprevisión, quiso ratificar una de mis disposiciones. Mi exigen-